Pablo DE LORA y Marina GASCÓN, *BioÉtica. Principios, desafíos, debates*, Alianza, Madrid, 2008, 349 pp.

Lo que ante todo llama la atención en el libro de los profesores Pablo de Lora y Marina Gascón –por citarles en el orden en que ellos mismos lo hacen–, es precisamente eso, que sea obra de dos profesores. Y ciertamente no deja de ser llamativo que, en materia tan disputada como la bioética, –o BioÉtica, por seguir su propuesta–, haya la coincidencia de pareceres suficiente como para realizar conjuntamente, sin atribución específica de capítulos, una obra que, además, pretende reflexionar con intención sistemática sobre los temas bioéticos de más reiterada presencia en los foros públicos o cuyo mero planteamiento sigue siendo tabú.

Ahora bien, la cosa no ha de extrañar si se tiene en cuenta que ambos autores suscriben una bioética –ahora siguiendo el uso común–, de mínimos, esto es, la que aspira a alcanzar consensos sobre los problemas bioéticos presentes o futuros en los que existen o pueden existir desacuerdos. Dicho en otros términos, la que parte de la distinción entre ética privada y ética pública y considera que la bioética sólo involucra a ésta última y ha de basarse por consiguiente en un mínimo ético consensuado que, en la cultura occidental, se plasmaría en los derechos humanos.

Y en efecto en el capítulo I, *Caracterización general de la bioética*, tras señalar los antecedentes de la bioética en la ética y deontología médica, el nuevo discurso que supone, así como sus principales problemas y retos, los autores se decantan por una bioética de mínimos que se articula en torno a los clásicos principios de autonomía individual, beneficencia, no maleficencia, y justicia en el reparto de cargas. Principios que asimismo son examinados por los autores hasta llegar a la conclusión de que la argumentación conforme a ellos no cierra por sí sola la respuesta a los problemas planteados sino que se necesita una teoría moral adicional que tal principialismo no proporciona.

El resto de capítulos se dedica precisamente a discutir la panoplia de teorías morales presentes en los diversos ámbitos de actuación e investigación médica. Y así en el capítulo II, *Bioética en la reproducción humana*, se abordan los desafíos jurídicos y éticos que genera la aplicación de la medicina en dichos ámbitos a partir de la consideración de que hoy, debido al progreso científico, es más cierta que nunca la afirmación de que reproducirse es una libertad individual lo que obliga a plantear la ineludible cuestión del estatuto jurídico del embrión. En este punto y a partir de una larga discusión con, entre otros, el profesor A. Ollero, estiman que el embrión, en sus fases iniciales o muy iniciales de desarrollo, no debe recibir la misma consideración moral que las personas solo por el hecho de pertenecer a la especie humana, de forma que su protección puede ser no prioritaria cuando entran en juego otros valores.

En otras palabras, los autores se decantan por la consideración del derecho a la reproducción como un derecho-inmunidad de los individuos, ante el que el Estado debe actuar de manera no perfeccionista a la hora de poner restricciones y ello de nuevo frente a la postura de Ollero que, más bien, lo considera un derecho libertad

o privilegio que no genera obligaciones correlativas para nadie. Desde ese canon los autores escrutan los problemas que suscitan el diagnóstico genético implantacional, la maternidad de sustitución y la compraventa de gametos, la selección de embriones, la clonación y la eugenesia positiva hasta llegar a la conclusión de que muchas de esas posibilidades, a día de hoy ilícitas en el sistema jurídico español, deberían estar permitidas aunque con ciertas precauciones y cautelas.

El capítulo tercero, *Bioética en las relaciones sanitarias*, dirige su atención a las tres “constelaciones de conflictos” más acuciantes en las relaciones entre profesionales de la salud y pacientes. La primera, el caso de los pacientes que, por motivos de conciencia, se niegan a recibir transfusiones o, más en general, determinados tratamientos poniendo en peligro su vida. Los autores, tras examinar profusamente la jurisprudencia al respecto, se decantan por la consideración del derecho a la vida como no absoluto, sino relativo; la vida sería un bien disponible para la persona plenamente consciente, libre y responsable, con lo que no habría conflicto entre la vida y la libertad ideológica pues la vida constitucionalmente elegida es la vida libremente elegida. Esa conclusión no serviría, sin embargo, para el caso de pacientes menores o personas incapaces que previamente no hayan manifestado de forma inequívoca su voluntad, siendo los representantes legales los que rechazan la transfusión o el tratamiento. En este punto, en que la libertad de conciencia no está en juego frente a la vida propia sino a la ajena, los autores se decantan por la aplicación del tratamiento/o de la transfusión

En cuanto a la segunda de esas constelaciones —el caso de la objeción de conciencia de los profesionales sanitarios negándose a cumplir ciertas obligaciones por contrarias a los dictámenes de su conciencia, sobre todo en relación al aborto—, los autores examinan en primer lugar el propio concepto de objeción de conciencia, diferenciándolo de otras figuras afines. Acto seguido analizan la doctrina constitucional al respecto según la cual la objeción de conciencia al aborto en la medida en que forma parte de la libertad ideológica y religiosa, reconocida en el art. 16.1, es un derecho que existe y puede ser ejercido con independencia de que se haya regulado o no por vía legislativa. Como conclusión, los autores abogan por una regulación que acabe con la situación actual en la que los hospitales públicos apenas si realizan el 1 por ciento de los abortos legales.

Por lo que respecta a la tercera constelación de problemas —el tema de la responsabilidad personal y la asistencia sanitaria—, los autores acaban defendiendo que, con cierta modulación, el sistema sanitario público puede legítimamente desplazar de la asignación de sus recursos a quienes tras haber sido advertidos, y no siendo considerados incompetentes, han persistido en desarrollar planes de vida que ponen en peligro la propia salud o la integridad física. En concreto y parafraseando el conocido lema ambientalista, abogan por un sistema de co-pago: “quien se contamina, paga”.

El capítulo cuarto, *Bioética y justicia distributiva sanitaria*, comienza recordando la afirmación que Platón pone en boca de Sócrates en *La República* según la cual “nadie debe pasar la vida como enfermo, haciéndose cuidar como tal.”. Una afirmación entendida como la intuición de que el Estado no puede acudir en

auxilio de todos los necesitados y que, según los autores, hoy sería perfectamente rescatable: dada la condición de escasez de los recursos disponibles para atender a los enfermos, debemos contar con criterios para distribuirlos equitativamente. Y así, tras varios análisis macro y micro-económicos, llegan a la conclusión de que, si bien la asistencia sanitaria es un bien especial cuya producción y distribución no deben dejarse a las leyes del mercado, sin embargo no es un bien tan especial que no permita que se pueda proveer, a través del mercado, a aquellos que por sus circunstancias y personalidad, quieren curarse tratarse y precaverse de la enfermedad “a toda costa y a todo coste (propio)”.

Esta conclusión se somete al campo de pruebas del trasplante de órganos. Punto en el que los autores reconocen expresamente una diferencia insalvable, hasta el extremo de que el texto recoge sólo opiniones de uno de ellos, Pablo de Lora, quien básicamente suscribe la argumentación del “compromiso solidario” de C. Fabre, haciéndose constar expresamente que la otra autora, Marina Gascón, no está de acuerdo con dicha argumentación. Ello ciertamente sume en cierta perplejidad al lector que no acaba de entender por qué no hay referencia, siquiera sea sucinta, a los argumentos de la coautora, ni tampoco por qué se han escogido para la publicación los argumentos de Pablo de Lora y no los suyos. Más aún, habida cuenta del subtítulo de libro “*Principios, desafíos, debates*”, el lector se queda con la miel en los labios de un debate, sin duda fructífero, entre ambos autores al respecto.

Quizás como consecuencia de lo anterior, en el capítulo siguiente, *Bioética en el final de la vida*, los autores no acaban de hacer explícita por completo su postura. Y en efecto, el capítulo se dedica a examinar concienzudamente la cuestión de cuándo morimos, la existencia o no de una obligación de vivir, la confusión terminológica al hablar de concepto de eutanasia, los diferentes modelos de justificación de la misma... Todo ello con extensas referencias a casos concretos, a resoluciones judiciales así como a las diferentes legislaciones... hasta cerrar el capítulo aludiendo al intenso y actual debate sobre la posibilidad y la necesidad de legalizar y regular la eutanasia. Un debate ante el que su postura se resume en que, en un asunto tan extremadamente delicado, el conocido argumento de la pendiente resbaladiza es plenamente válido de forma que todas las garantías y todos los controles son precisos a la hora de regular tanto la eutanasia activa como la pasiva.

El último capítulo, *Bioética en la investigación y experimentación*, comienza suscribiendo la afirmación de que todo conocimiento es una liberación de numerosas servidumbres y toda ignorancia una limitación, lo que no impide, sino todo lo contrario, abordar la cuestión de los límites a la libertad de investigación. En cuanto a los externos, los que se refieren a sobre qué se puede investigar, los autores se remiten a la posición mayoritaria que, proclamando la libertad de investigación, reclama al mismo tiempo un ejercicio responsable de la misma y un uso prudente de los conocimientos que con ella se alcancen. Citan expresamente, al respecto, el principio de responsabilidad formulado por H. Jonas, así como el correspondiente principio de precaución, al tiempo que alertan sobre la necesidad de no descuidar los espurios intereses que están detrás de muchas investigaciones y que obligan a no dejar todas las decisiones en esta campo en manos de poderes opacos a cualquier control.

En relación a los límites internos, los que hacen referencia a qué se puede o se debe hacer cuando se investiga, los autores examinan la cuestión de la experimentación con seres humanos reivindicando expresamente la Declaración de Helsinki como documento maestro proveedor de principios guía en la investigación biomédica que involucra seres humanos. Asimismo llaman la atención sobre las graves irregularidades que se producen cuando la investigación se realiza en países en vías de desarrollo, especialmente en relación con el consentimiento informado. En cuanto a la cuestión de los límites de la investigación con embriones humanos y la clonación terapéutica, tras volver a la cuestión del estatuto jurídico y moral del embrión, propugnan minimizar la destrucción de los pre-embiones sobrantes, al tiempo que señalan que cerrarse a la posibilidad de aprender más en aras de la protección de entidades de “estatuto moral tan dudoso” es una manifestación más del “inútil empero de poner puertas al campo de la investigación”.

El volumen se cierra con la cuestión de los límites a la experimentación con animales no humanos. Una cuestión ante la que los autores, tras aludir al proyecto Gran Simio y a otras propuestas similares, acaban defendiendo que tal experimentación no puede ser ilimitada en cuanto a los medios, habida cuenta de la capacidad de sufrimiento de los animales. Más aún, acaban insinuando que esta cuestión acabará de algún modo confluyendo con la de los límites de la experimentación con seres humanos, dado que desde hace tiempo sabemos que la frontera entre animales humanos y no humanos está bajo la seria amenaza de los descubrimientos que la propia ciencia nos brinda acerca de nuestra compartida naturaleza como seres vivos con el resto de animales.

A la vista de lo que antecede, no es preciso recalcar que por la abundancia de información que proporciona, por la seriedad y rigor del tratamiento, así como por los argumentos que se esgrimen y que, como se ha visto, en ocasiones no son compartidas ni siquiera por los propios autores, el libro de los profesores De Lora y Gascón interesará no sólo a los juristas especializados en cuestiones bioéticas, sino también a los diversos profesionales cuya actividad tiene implicación bioética y, por supuesto, a cualquier ciudadano más o menos consciente de su condición. Ciudadano que sin duda también acabará sumándose a las disputas recogidas en el libro.

Aurelio de Prada

Dalmacio NEGRO, *El mito del hombre nuevo*, Encuentro, Madrid, 2009, 437 pp.

Dalmacio Negro, catedrático emérito de Historia de las Ideas Políticas, rastrea en este ensayo de imprescindible lectura el origen intelectual de ciertas modas y corrientes de pensamiento englobadas en el rótulo de lo políticamente correcto. Acierta no sólo en su objetivo, sino en la manera de explicar que lo que se pretende